

victoria de Tolón, y enviaremos esta noche doscientos cincuenta rebeldes bajo los hierros del rayo.»

Estas horribles bravatas no me asustaban, aunque el señor de Nantes hubiese diluido los crímenes republicanos en el fango imperialista; aunque el descamisado, metamorfoseado en duque, hubiera envuelto la cuerda de la linterna en el cordón de la Legión de Honor, no por eso me parecía, ni más hábil, ni más grande. Los jacobinos detestan a los hombres que no hacen caso de sus atrocidades, y que desprecian sus asesinatos: su orgullo se irrita como el de los autores cuyo talento se disputa.

NEGOCIACIONES DEL SEÑOR DE SAINT-LÉON, ENVIADO DE FOUCHE.—PROPOSICIÓN RELATIVA AL DUQUE DE ORLEÁNS. — EL SEÑOR DE TALLEYRAND. — DESCENTENTO DE ALEJANDRO CONTRA LUIS XVIII. — DICTAMEN DE LA BESNARDIERE. — PROPOSICIÓN INESPERADA DE ALEJANDRO AL CONGRESO. — DESPACHO DEL SEÑOR DE TALLEYRAND A LUIS XVIII. — DECLARACIÓN DE LA ALIANZA, TRUNCADA EN EL DIARIO OFICIAL DE FRANCFORT. — DIVERSOS VIAJES DEL PRÍNCIPE DE BENEVENTO A VIENA. — ME ESCRIBE A GANTE. — LOS CIEN DÍAS EN PARÍS. — SORPRESA DE BONAPARTE. — SE VE OBLIGADO A CAPITULAR CON LAS IDEAS QUE HABÍA CREÍDO SOFOCADAS. — QUIMERAS DE LOS LIBERALES. — CLUB Y FEDERADOS.—EL ACTA DE ABDICACIÓN. — CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES CONVOCADA. — INÚTIL CAMPO DE MAYO.

Al mismo tiempo que Fouché enviaba a Gante al señor Gaillard para negociar con el hermano de Luis XVI, sus agentes en Basilea conferenciaban con los del príncipe de Metternich respecto a Napoleón II, y el señor de Saint-Léon, despatchado por este mismo Fouché, llegaba a Viena para tratar de la corona posible del duque de Orleáns. Los amigos del duque de Otranto no podían ya contar más con él que sus enemigos, porque, a la vuelta de los príncipes legítimos, mantuvo en la lista de desterrados a su antiguo colega, señor de Thibandeu; mientras que el señor de Talleyrand borraba o añadía al catálogo tal o cual proscrito, según le parecía.

El señor de Saint-Léon llevaba tres billetes a Viena, uno de los cuales iba dirigido al señor de Talleyrand. El duque

de Otranto proponía al embajador de Luis XVIII que, si se presentaba la ocasión, tratase del trono para el hijo de Igualdad. ¡Qué probidad en estas negociaciones! ¡Qué dicha la de tratar con gentes tan honradas!

El señor duque de Orleáns no conspiraba de hecho; pero prestaba su consentimiento: pues dejaba intrigar las afinidades revolucionarias: ¡hermosa sociedad!

El plenipotenciario del rey de Francia prestaba oídos a las proposiciones de Fouché. A propósito del arresto del señor de Talleyrand en la barrera de Enfer, dije cuál fué hasta entonces su idea fija sobre la regencia de María Luisa: luego tuvo que avenirse a la eventualidad de los Borbones; pero siempre estaba inquieto, porque le parecía que, bajo los herederos de San Luis, un obispo casado jamás estaría seguro de su plaza. La idea de substituir la rama segunda a la primogénita le agradó bastante, y tanto más, cuanto que había tenido antiguas relaciones con el Palais-Royal.

Tomando un partido, pero sin descubrirse por completo, aventuró a Alejandro algunas palabras del proyecto de Fouché. El zar había dejado de interesarse por Luis XVIII, porque éste le había herido en París con su afectación de superioridad de raza, y también al desechar el matrimonio del duque de Berry con una hermana del emperador. Se desechara la princesa por tres motivos: porque era cismática, no tenía un antiguo origen y era de una familia de locos, razones que, aun cuando no se presentaban descubiertamente, ofendían a Alejandro. Como última queja contra el viejo soberano del destierro, el zar acusaba la alianza proyectada entre Inglaterra, Francia y Austria. Por lo demás, todo el mundo pretendía heredar de los hijos de Luis XIV: Benjamín Constant, en nombre de la señora Murat, defendía los derechos que la hermana de Bonaparte creía tener al reino de Nápoles, y Bernadotte echaba una mirada lejana sobre Versalles, aparentemente porque el rey de Suecia venía de Pau.

La Besnardiere, jefe de sección en el ministerio de Estado, bosquejó un cuadro de los agravios y contradicciones de Francia, sobre la legitimidad, y el señor de Talleyrand encontró medio de hacer conocer este escrito a Alejandro: descontento y movable, chocó al autócrata el folleto de La Besnardiere.

re, y de repente, en pleno congreso y con estupor de todos, el zar preguntó si no sería materia de deliberación el examinar en qué podría convenir el duque de Orleáns, como rey, a Francia y a Europa. Tal vez es ésta una de las cosas más sorprendentes de estos tiempos extraordinarios, y tal vez es más extraordinario quizás, que se haya hablado tan poco de ella. Lord Clancarthy hizo fracasar la proposición rusa; su señoría declaró no tener poderes para tratar de una cuestión tan grave: «En cuanto a mí—dijo opinando como simple particular—, creo que poner al señor duque de Orleáns en el trono de Francia sería reemplazar una usurpación militar por una usurpación de familia, mucho más peligrosa a los monarcas que todas las demás usurpaciones.» Los miembros del congreso se fueron a comer, y señalaron con el cetro de San Luis la página donde habían llegado en sus protocolos.

Con estos obstáculos que encontró el zar, dió media vuelta el señor de Talleyrand, y previendo que resonaría el golpe, notificó a Luis XVIII (en un despacho que yo he visto y que llevaba el número 25 o 27) la extraña sesión del congreso: creíase obligado a informar a S. M. de un hecho tan exorbitante, porque esa noticia no tardaría en llegar a oídos del rey: ¡singular candidez para el príncipe de Talleyrand!

Se había tratado de una declaración de la alianza, a fin de advertir al mundo que no se pretendía imponer a Francia ni una forma obligada de gobierno, ni un soberano que no fuese de su elección. Esta última parte de la declaración se suprimió, pero fué positivamente anunciada en el diario oficial de Francfort. Inglaterra, en sus negociaciones con los gabinetes, se vale siempre de este lenguaje liberal que sólo es una precaución contra la tribuna parlamentaria.

Bien se ve que en la segunda restauración, lo mismo que en la primera, los aliados no se cuidaban del restablecimiento de la legitimidad: la casualidad lo hizo todo. ¿Qué importaba a soberanos cuya vista era tan corta, que fuese degollada la madre de las monarquías de Europa? ¿Les impediría esto dar fiesta y tener guardias? ¡Hoy día están tan sólidamente sentados los monarcas con el globo en una mano y la espada en la otra!

El señor de Talleyrand, cuyos intereses estaban entonces en Viena, temía

que los ingleses comprometieran el ataque antes de que todos los ejércitos estuviesen en línea, y que el gabinete de Saint-James adquiriese así la preponderancia. Por eso deseaba que el rey entrase por las provincias del Sudeste, a fin de que se encontrara bajo la tutela de las tropas del Imperio y del gabinete austriaco. El duque de Wellington había dado orden de no comenzar las hostilidades. Bonaparte fué quien quiso la batalla de Waterlloo, pues no se detienen los destinos de semejante naturaleza.

Estos hechos históricos, los más curiosos del mundo, han sido ignorados por la generalidad, y de la misma manera se ha formado una opinión confusa de los tratados de Viena relativos a Francia. Se les ha creído la obra inicua de unos cuantos soberanos victoriosos encarnizados en nuestra pérdida, pero desgraciadamente fueron envenenados por una mano francesa: cuando el señor de Talleyrand no conspira, trafica.

Prusia quería obtener Sajonia y Francia debía favorecer este deseo, porque obteniendo Sajonia una indemnización en los círculos del Rin, nos quedaba Landau, Coblenza y otras fortalezas formarían un pequeño Estado amigo, que, colocado entre nosotros y Prusia, impediría los puntos de contacto: así no se entregaban las llaves de Francia a la sombra de Federico. Pero por tres millones que costó a Sajonia, el señor de Talleyrand se opuso a las combinaciones del gabinete de Berlín, y para obtener el asentimiento de Alejandro a la existencia de la antigua Sajonia, tuvo que abandonar al zar la Polonia. Los soberanos de Nápoles se rescataron por dinero, y el señor de Talleyrand pretendía tener derecho a una subvención en cambio de su ducado de Benevento: al dejar al amo vendía la librea. Benevento, por su parte, en virtud del restablecimiento de los antiguos tratados, dependía otra vez de los Estados de la Iglesia.

Tales eran las transacciones diplomáticas que tenían lugar en Viena, en tanto que nosotros permanecíamos en Gante, donde recibí esta carta del señor de Talleyrand:

Viena, 4 de mayo.

«Con mucho placer he sabido, caballero, que estabais en Gante, puesto que las circunstancias exigen que el rey esté rodeado de hombres fuertes e independientes,

»Seguramente habréis pensado que sería inútil refutar, por medio de publicaciones fuertemente razonadas, toda la nueva doctrina que se quiere establecer en los documentos oficiales que aparecen en Francia.

»Habría utilidad en que apareciera cualquiera cosa, cuyo fin fuera demostrar que la declaración de 24 de marzo, hecha en París por los aliados, la destitución, la abdicación y el tratado de 11 de abril, son otras tantas condiciones preliminares y absolutas del tratado de 30 de mayo: sentado esto, el que viole dichas condiciones, o secunde la violación, rompe la paz que ese tratado ha establecido. Ellos y sus cómplices son, pues, los que declaran la guerra a Europa.

»Tanto para lo interior como para lo exterior, sería provechosa una discusión en este sentido; pero, como es preciso que sea bien hecha, encárguese usted de ella.

»Reciba, caballero, el homenaje de mi sincera y alta consideración.

»TALLEYRAND.

»Espero tener el honor de verle a usted a últimos de mes.»

Esta carta demuestra todo lo que el señor de Talleyrand era capaz de hacer cuando escribía solo: yo quedé muy reconocido por las instrucciones recibidas y por mi despacho de *hombre fuerte*, pero no las seguí: embajador *in petto*, no me mezclaba en este momento en los negocios exteriores, ocupándome sólo de mi *ministerio interino de Gobernación*. Pero, ¿qué ocurría en París?

Voy haciéndoos ver el reverso de los sucesos que la historia no presenta, porque la historia sólo manifiesta el derecho. Las *Memorias* tienen la ventaja de presentar una y otra cara del tejido, y bajo este aspecto pintan mejor la humanidad completa, exponiendo, como las tragedias de Shakespeare, las escenas altas y bajas.

Gante no era más que un vestuario colocado detrás de los bastidores del escenario abierto en París. Aun quedaban en Europa personajes famosos. En 1800 comencé mi carrera con Alejandro y Napoleón. ¿Por qué no seguí a estos grandes actores, mis contemporáneos, en el gran teatro? ¿Por qué estar sólo en Gante? Porque el cielo os arroja donde quie-

re. De *pequeños Cien Días* en Gante, pasamos a *grandes Cien Días* en París.

Ya os expuse las razones que debieron detener a Bonaparte en la isla de Elba, y las razones apremiantes, o más bien la necesidad sacada de su misma naturaleza que le obligó a salir de su destierro. Pero la marcha de Cannes a París agotó todo lo que quedaba del antiguo hombre. En París se rompió el talismán.

Los pocos momentos en que había aparecido de nuevo la legalidad habían bastado para hacer imposible el restablecimiento de lo arbitrario. El despotismo enfrena las masas y da la libertad individual en cierto límite; la anarquía desencadena las masas y esclaviza las independencias individuales. Por eso el despotismo es parecido a la libertad cuando sucede a la anarquía, y permanece lo que realmente es cuando reemplaza a la libertad: libertador después de la constitución dictatorial, Napoleón era opresor después de la Carta, y tanto lo sentía así, que se creyó obligado a ir más lejos que Luis XVIII, y volver a las fuentes de la soberanía nacional. El, que había hollado al pueblo como señor, se vió reducido a hacerse tribuno del pueblo, a cortejar el favor de los barrios, a parodiarse la infancia revolucionaria, y a usar un lenguaje viejo de libertad que hacía gesticular sus labios, y cuyas sílabas encolerizaban a su espada.

Su destino, como su poder, estaba, en efecto, tan consumado, que ya no se reconoció el genio de Bonaparte durante los Cien Días. Este genio era el de los triunfos y del orden, no el de la derrota y de la libertad, y nada podía él sin la victoria, que le había abandonado, y sin el orden, que ya existía sin él. Lleno de sorpresa, decía: «¿Cómo me han puesto a Francia los Borbones en algunos meses! Años necesitaré para rehacerla.» No era la obra de la *legitimidad* lo que el conquistador veía, sino la obra de la *Carta*: él había dejado a Francia muda y prosternada, y ahora la encontraba hablando y en pie: en la candidez de su ánimo absoluto, confundía la libertad con el desorden.

Y, sin embargo, Bonaparte se vió obligado a capitular con las ideas que no pudo vencer de repente. A falta de popularidad real, obreros pagados a cuarenta sueldos cada uno, se presentan después de su jornada en el Carrousel, y gritan: ¡viva el emperador! Las proclamas anuncian al principio una maravi-

lla de perdón, los individuos, la nación y la prensa son declarados libres, sólo se quiere la paz, la independencia y la felicidad del pueblo; todo el sistema imperial ha cambiado, y la edad de oro va a renacer.

La policía que dirige Fouché manifiesta al mundo por proclamas solemnes, que sólo va a servir para extender la filosofía, y que ya no obrará sino conforme a principios de virtud.

Napoleón restablece por un decreto la guardia nacional del reino, cuyo nombre sólo le causaba en otro tiempo vértigos. Se ve obligado a anular el divorcio, pronunciado en tiempo del Imperio entre el despotismo y la demagogia, y a favorecer su nueva alianza: de este himeneo debe nacer en el Campo de Mayo una libertad con el gorro encarnado en la cabeza, el sable del mameluco en la cintura y el hacha revolucionaria en la mano: libertad rodeada de las sombras de aquellos millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos o en los ardientes campos de España y en los desiertos helados de Rusia. Antes del triunfo, los mamelucos son jacobinos, y después del triunfo los jacobinos volverán a convertirse en mamelucos.

Bien hubiera querido Napoleón reunir en sí solo la autoridad; pero esto no le era posible, pues encontraba hombres dispuestos a disputársela: en primer lugar, a los republicanos de buena fe, que, libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquía, deseaban conservar una independencia que tal vez no será sino un noble error; y, en segundo, a los furiosos de la antigua facción de la montaña, que, humillados de no haber sido bajo el Imperio más que espías de la policía de un déspota, parecían resueltos a tomar, por su propia cuenta, la libertad de hacerlo todo, cuyo privilegio habían cedido a un señor por espacio de quince años.

Pero ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Napoleón eran bastante fuertes para restablecer su poder, separados, o para subyugarse mutuamente. Amenazados de una invasión en el exterior, perseguidos en el interior por la opinión pública, comprendieron que si se dividían estaban perdidos, y, a fin de escapar del peligro, aplazaron sus querellas; los unos llevaban a la defensa común sus sistemas y sus quimeras; los otros su terror y su perversidad. Nadie entraba de buena fe en este pacto, y to-

dos, pasada la crisis, se prometían resolverla en su provecho, procurando de antemano asegurarse el resultado de la victoria. En esta horrible treinta y una llevaban la banca tres enormes jugadores: la libertad, la anarquía y el despotismo, que se esforzaban en ganar una partida perdida por todos.

Se habían formado sociedades en los distritos, y las federaciones se organizaban bajo rigurosos juramentos en Bretaña, Anjou, Lionesado y Borgoña, oyéndose cantar por todas partes la *Marsellesa* y la *Carmañola*. Un club establecido en París estaba en correspondencia con los otros clubs de las provincias, anunciándose la resurrección del *Diario de los Patriotas*. Mas, por esta parte, ¿qué confianza podían inspirar los resucitados de 1793? ¿No se sabía cómo definían ellos la libertad, la igualdad, los derechos del hombre? ¿Eran más sinceros, más morales, más prudentes, después que antes de sus enormidades? ¿Era porque estando manchados con todos los vicios, se habían hecho capaces de todas las virtudes? No se abdicaba el crimen tan fácilmente como una corona, y la frente ceñida por la horrible venda conserva siempre señas indelebles.

La idea de hacer descender a un ambicioso de genio del rango de emperador a la condición de generalísimo o de presidente de la república, era una quimera: el gorro colorado con que se cubría la cabeza de sus bustos durante los Cien Días, sólo había anunciado a Bonaparte la reconquista de la diadema, si fuera dado a esos atletas que recorren el mundo andar dos veces el mismo camino.

Entre tanto, los liberales escogidos se prometían la victoria: hombres descarriados como Benjamín Constant o cándidos como el señor Sismonde-Sismondi, hablaban de colocar al príncipe de Canino en el ministerio de Gobernación, al teniente general conde Carnot en el de la Guerra, y al conde Merlin en el de Justicia. Vencido en apariencia, no se opuso Bonaparte a movimientos democráticos, que, en último resultado, suministraban conscriptos a su ejército; dejábase atacar en los folletos, y las caricaturas repetían: *isla de Elba*, como los papagayos gritaban a Luis XI: *Péronne*. Le predicaban, tuteándole, la libertad y la igualdad, y él escuchaba estas insinuaciones con aire compungido. De pronto, rompiendo los lazos con que habían pretendido ligarle, proclama de su propia auto-

ridad, no una constitución plebeya, sino una constitución aristócrata, un Acta adicional a las constituciones del Imperio.

La soñada República se convierte por este diestro escamoteo en el antiguo gobierno imperial, rejuvenecido con el feudalismo. El Acta adicional quita a Bonaparte el partido republicano, y lleva el descontento a casi todos los otros. La licencia reina en París; la anarquía en las provincias; las autoridades civiles y militares se combaten; aquí se amenaza quemar los palacios y degollar a los sacerdotes, y allí se enarbola la bandera blanca gritando: ¡viva el rey! Viéndose atacado, retrocede Bonaparte retirando a sus comisarios extraordinarios el nombramiento de corregidores de los municipios, y devolviendo este nombramiento al pueblo. Asustado de la multiplicidad de votos negativos contra el Acta adicional, abandona su dictadura de hecho, y convoca a la Cámara de los representantes

en virtud del acta que no está aceptada.

El Campo de Mayo, tan pomposamente anunciado y celebrado el 1.º de junio, se redujo a un simple desfile de tropas, a una distribución de banderas ante un altar despreciado. Bonaparte, rodeado de sus hermanos, de los dignatarios del Imperio, de los mariscales, de los Cuerpos civiles y judiciales, proclamó la soberanía del pueblo, en la cual no creía. Los ciudadanos se habían creído que fabricarían ellos mismos una constitución en este día solemne, y los pacíficos vecinos esperaban que allí se declararía la abdicación de Napoleón en favor de su hijo, abdicación que había sido urdida en Basilea, entre los agentes de Fouché y del príncipe de Metternich; pero no hubo nada, y el Acta adicional se presentaba como un homenaje a la legitimidad, pero con leves diferencias, y, sobre todo, menos la abolición de la confiscación: era la Carta.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE

Table with 2 columns: Page number and Title. Includes entries like 'Al señor H. L. Delloye', 'Introducción', 'Memorias (1811)', 'Nacimiento de mis hermanos y hermanas', 'Plan de mi padre para mi educación', 'Vida de mi abuela materna', 'Gessil', 'Salida para Combourg', 'Segundas vacaciones en Combourg', 'Invasión de la Francia', 'Paseo', 'Broussais', 'Mi torreón', 'Fantasma de amor'.

Table with 2 columns: Page number and Title. Includes entries like 'La Asamblea nacional', 'Aspecto de París', 'Francisco Tulloch', 'Costas de la Virginia', 'Viaje de Filadelfia a Nueva York', 'Un iroqués', 'Doce días en una choza', 'Fuentes de Juvencio', 'Peligros para los Estados Unidos', 'Voy a buscar a mi madre', 'Los franciscanos', 'Juego y pierdo', 'Ejército de los príncipes', 'Merced del campamento'.

Table with 2 columns: Page number and Title. Includes entries like 'Mujeres de Namur', 'Literary Fund', 'Me acompaño con Hingant', 'Fiesta suntuosa', 'El Ensayo histórico sobre las revoluciones', 'Muerte de mi madre', 'Inglaterra desde Richmond a Greenwich', 'Año de mi vida 1801', 'Años de mi vida 1801, 1802 y 1803', 'Años de mi vida 1802 y 1803', 'Años de mi vida 1803 y 1804', 'Diario del duque de Enghien'.